

el resto; la barbarie es aún hoy el estado normal. Estos reyes que salen de su casa resueltos á transformar un país, no ven que la transformación tiene que empezar por arriba, por ellos mismos, en primer término. No me convencerán á mí de que el siamés puede hacer obra civilizadora, si antes no licencia su ejército de víctimas y de *soldadas*, si no deja salir de su palacio á ese millar de hombres que le guardan noche y día, como la cohorte oculta en los subterráneos del castillo de Herodes. No puede ser civilizador, por lo menos en la acepción que los europeos atribuimos á esta palabra, quien tiene cuatro mil esposas ó esclavas (viene á ser lo mismo para el caso) y reúne á los treinta años varias docenas de hijos. Se me dirá que esas son las costumbres de allá, la tradición, el inveterado uso. Yo respondo que tales usos y tradiciones son absolutamente incompatibles con la civilización moderna, y que el rey de Siam haría mejor en vivir como sus antepasados y en no pretender vestirse de máscara y fundar en su patria un carnaval perpetuo.

Llevarán á Bangkok, de nuestros adelantos, lo externo, la cáscara, lo que se ve con los ojos; los medios de locomoción especialmente: caminos de hierro, vapores, tranvías eléctricos, bicicletas, automóviles; llevarán también las máquinas de oír y hablar pronto, telégrafos y teléfonos, y esa caricatura del sonido que se denomina fonógrafo. Igualmente se asimilarán los trastos de matar aprisa y mucho: fusiles Mauser, cañones de tiro rápido, grandes torres de combate para los recios acorazados, torpederos y caza-torpederos, explosivos de los más devastadores. Acaso acepten (esto ya no me parece tan seguro) los métodos de nuestro arte de curar, la antisepsia, los anestésicos. Digo que esto no me parece tan seguro, porque la vida humana tiene poco valor en esas naciones de Oriente, donde la raza es prolífica, insensible al dolor, indiferente á la muerte, y donde un reo de pena capital encuentra por dinero quien se preste á sustituirle, como aquí se encuentran para el servicio militar sustitutos.

Mas ¿qué importa, en realidad, la adopción de estos adelantos, si no se modifica la organización social, si no se cultiva á proporción la inteligencia, la moralidad, la justicia, el derecho? Ir más de prisa ó más despacio, es una ventaja relativa: si todos disfrutan del tren, no he de viajar yo en galera; convenido; pero si suponemos que no hay trenes para nadie, las condiciones se igualan, y vamos en galera ó en palanquín ó á pie tan ricamente. Lo que en absoluto puede llamarse desdicha é iniquidad, es la situación de cuatro mil seres humanos secuestrados por el capricho de uno solo, condenados á cautiverio y á soltería ó viudez perpetua, y no al resignado, voluntario y á menudo feliz celibato de los conventos, sino á la rabiosa soltería de los harenes, donde todo es envidia, chisme, delación, sospecha, tedio y desesperación. Una señora que ha viajado por esos países semifantásticos de la Indo-China y Persia, afirma que las reclusas de los harenes viven contentas con su suerte, entregadas á juegos infantiles, á cultivar la golosina y la vanidad más fútil, rascando guitarrillos ó aporreando pianos — el piano ya ha llegado hasta allí, — tomando sorbetes y atracándose de dulces, mirándose al espejo y pintándose las uñas. Acaso sea verdad, y la mayoría de las encerradas del rey de Siam no conciben otro destino más venturoso. Cuéntase que cierta mujer árabe, al servicio de un cónsul inglés, hubo de embarcarse para Inglaterra, y fué interrogada por sus compatriotas, al regresar, acerca de las magnificencias y grandezas de la nación que había recorrido. Ella alabó á su manera, con encomiásticas frases, los caminos, los coches, los trenes, las casas, la riqueza y magnitud de las ciudades, la fertilidad y esmerado cultivo de las campiñas, y en suma, hizo de Inglaterra cumplido panegírico. Envidiaban los que la oían la ventura de los ingleses; pero así que la mujer añadió que en Inglaterra no había encontrado ni una sola palmera para un remedio, á pesar de buscarla sin interrupción desde el día de su llegada hasta el de su salida, los árabes instantáneamente mudaron de parecer, y retractándose prorrumpieron en exclamaciones de lástima hacia los infelices moradores de la Gran Bretaña, sentenciados á pasarse la vida sin comer dátiles. ¿Quién sabe si, en efecto, las encerradas de Bangkok no se compadecen de las europeas, bien como infinitas europeas se compadecen de las pobrecitas norteamericanas, condenadas á una libertad y una iniciativa superiores á las que aquí posee la mujer?

De todas suertes, la empresa del rey de Siam, puesto caso que en efecto este soberano sueñe en civilizar á su grey, no ha de negarse que es empresa peliaguda; y si el soberano no conoce que el primer obstáculo para esta civilización á la europea es su propia casa, el enjambre de sus bellas señoras, peor

que peor. Va á tener muchos disgustos el buen monarca, empezando por el de privarse totalmente de inocentes satisfacciones semejantes á aquella de marras, de la cabeza cortada. Que un rey de Siam no pueda ni descabezar á una hermosura, es el relajamiento del principio de autoridad y el desquiciamiento de las bases en que la sociedad reposa. Más le vale al caballero del blanco elefante sagrado seguir cortando en paz y en gracia de Buda las cabezas que se le antojen, y dejarse de monsergas civilizadoras, que á él le han de fastidiar, sin hacer felices á sus súbditos.

* * *

Y por el siamés ¿van á quedarse en el tintero los dos últimos amantes que quisieron morir juntos, con arreglo al último figurín de la pareja que les precedió hará unos meses? Es preciso reconocerlo: acciones de este género, realizadas en forma tal, suspenden el juicio entre la reprobación explícita, la involuntaria ironía y la no menos involuntaria admiración hacia el valor salvaje que revelan, y que es lástima que se emplee tan mal, ahora que tenemos guerra por todas partes. Los escritores que han emprendido en Francia la glorificación y apoteosis de la energía, Taine, Stendhal, Mauricio Barrés, no en balde hicieron de Italia y de España sus comarcas favoritas. Lo que á Barrés enamora en España, es la violencia de sus sensaciones, la exasperación de todo su ser; lo que celebra del arte español, son las escenas de horror, las fúnebres y macabras imaginaciones de un Valdés Leal, las representaciones de sangre y martirio; lo que encuentra característico, el deleite que se goza en las corridas de toros. «España es el país más desenfrenado del mundo,» exclama en tono de profunda simpatía. Le recomiendo á mi amigo Barrés esta pareja, la de la calle de las Huertas: va á parecerle de perlas y oro, porque, no puede negarse, ha revelado una energía rayana en frenesí. El cálculo de vanidad, la aspiración á una especie de bastarda gloria póstuma que á no dudarlo presidió al doble crimen, no disminuyen, antes aumentan, la suma de energía necesaria para consumarlo. Obsérvese que estos amantes no se entregaron á la muerte, sino más bien obligaron á la muerte á que se les entregara. La violenteron, la retorcieron, se apoderaron de ella, no mirándola cara á cara, sino abrazándola con insana furia. En vez de elegir el carbón ó el veneno ó siquiera el revólver, medios semi-pasivos, apelaron á la terrible navaja nacional, aquella que en tiempos más altos sirvió para tomar cañones á la carrera. Y del primer navajazo, el hombre, iba á decir la fiera, partió el corazón á la mujer, la cual cayó sin proferir un grito; del segundo, buscó el hombre su propio corazón, y como sintiese que no lo encontraba, que no llegaba á él, dentro de la misma herida revolvió el arma sin sacarla, y esta vez el corazón quedó partido instantáneamente. No hubo agonía, no hubo quejidos, no hubo ni el más leve indicio que denunciase á los transeuntes que aquellos dos cuerpos humanos, extendidos el uno al lado del otro, eran dos cadáveres. Hermoso caso, ¿verdad Barrés? Stendhal diría del asesino y suicida de la calle de las Huertas: «Era todo un hombre.»

Y lo mismo puede decirse que era todo un jabalí; ambas tesis pueden defenderse con argumentos capciosos, con ejemplos y con raciocinios. Yo me inclino á admirar la energía, pero aplicada á nobles fines, á ejemplares acciones, á heroicos esfuerzos que nos eleven y nos infundan satisfacción y contento de pertenecer á la misma especie que el individuo enérgico que los ejecuta. Todas las cosas son buenas bien dispuestas y ordenadas, y en su lugar y ocasión.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REYES FORASTEROS Y COSTUMBRES NACIONALES

El exotismo (si se permite el retruécano) es exótico en España. Planta aclimatada en el terruño del bulevar parisiense, no medra en nuestro suelo, ni la favorece nuestro ambiente, ni le tomamos gusto aquí. La venida de los aschantis y del rey de Siam parece contradecir mi aserto, pero lo confirma. Todos los síntomas del movimiento que produjo la llegada de estos turistas de color obscuro, son de curiosidad y risa, ninguno de verdadero interés, de interés humano, filosófico y caritativo. Entre las muchas é ingeniosas chirigotas que estos días dedica la prensa á nuestros ahumados y cobrizos huéspedes, he buscado sin encontrarlo el rastro de una disertación, de un estudio algo serio sobre el lugar que ocupan en el mundo y en la escala del reino hominal los siameses y los aschantis. Nos hemos divertido en grande con los muñecos procedentes del Africa y de la Indo-China, sin averiguar si son algo más que muñecos, y si bajo su piel atezada ó amarillenta hay algo que se parezca á nuestra alma... Pasan ante nosotros como vivientes enigmas esas sombrías siluetas, y la mirada que en ellas fijamos no se diferencia poco ni mucho de la que consagraríamos al ara ó al papagayo de lindo plumaje, salvo que el papagayo es bonito y los aschantis muy feos, ¡feos como el coco!

En mi niñez me amenazaban, para corregirme, con un negrozo que pedía limosna por las calles de mi pueblo, y á quien el vulgo había otorgado patente de hidalguía colgándole un *don* como una casa: llamábanle *D. Alejos* grandes y chicos. Era inofensivo el pobre moreno, pero eso sólo lo comprendimos después los chiquillos de entonces; y cuando nos decían «que venía» el negro, nos echábamos á temblar. La idea mixta que me ha quedado de aquel *D. Alejos*, primero objeto de terror, después objeto de compasión risueña, resurge en mi mente estos días á causa del rey de Siam. Este personaje de abanico que se ha sentado en un palco al lado de la reina regente, de gran uniforme, cruzado el pecho por bandas, estrellado de condecoraciones, correcto, grave, diplomático; este señor á quien le presentan las damas de la corte y á quien se recibe á los acordes de un himno, á quien tratan de *Majestad* los cortesanos europeos, ante quien presenta armas la tropa, ¿es un rey efectivo, ó es un monigote de tabor, un *samuray* descendido de algún cacharro de porcelana y despojado de sus atavíos pintorescos y estrambóticos, para adoptar el disfraz de la civilización y venir á embromarnos?

Las versiones que corren acerca de la persona de Chulalong no sacan de dudas á nadie. Mientras unos afirman que es sujeto que recibió en Inglaterra educación escogidísima y nos le representan poco menos que como á un Pedro el Grande de Siam, empeñado en transportar á sus reinos la cultura, el adelanto y las luces de Europa, otros describen el descomunal serrallo, las prehistóricas Amazonas y las románticas degollaciones por leve sombra de celos, con cabezas presentadas en bandejas — el aparato de la corte de un tetrarca, en el siglo en que reinaba Augusto. — ¿Cuál de estas dos imágenes es verdadera y fiel trasunto del viajero siamés? Me inclino á creer que la segunda. Nuestro planeta está todavía muy lejos, muy lejos de tener medianamente civilizada una mínima parte de su superficie. La barbarie sumerge y señorea